

jos para no hacer nada, y sin saber antes qué clase de gentes guarnecían el castillo. En consecuencia, dió la vuelta á la fortaleza, y apercibiendo, la brecha por la cual Luis de España habia entrado la víspera, y que la nueva guarnición no habia aun cerrado, bajó de su caballo, invitó á sus compañeros á hacer otro tanto, y penetraron por la brecha con espada en mano; por su parte los Franceses se adelantaron para defender a, pero no igualaban en número á sus contrarios, y al cabo de una hora de combate, los sitiados fueron derrotados. En cuanto á los pocos que quedaron vivos, fueron degollados en el acto, y aquella misma noche se volvieron á Hennebon, dejando la fortaleza sin otra guardia que los cadáveres de sus dos guarniciones.

Al volver á Hennebon, Gualtero de Mauny encontró al conde Roberto de Artois, mandando un nuevo ejército que el rey Eduardo enviaba á Bretaña para sostener la guerra contra Felipe de Valois; que, á su pesar, se habia visto obligado á interrumpir en Flandes.

## XXXIV

## EL TORNEO

Entretanto, Eduardo se ocupaba en cumplir, con la misma religion que con la condesa de Montfort, la promesa que habia hecho á la bella Alicia de Grafton. El resultado de la embajada de Guillermo de Montaigu fué el tratado de una tregua de dos años entre él y el rey David; y una de las condiciones de esta tregua fué la vuelta á Inglaterra, del conde de Salisbury. El rey David ofició al momento á Felipe de Valois, el cual accedió á los deseos de su aliado, y á fines de Mayo, cuando Gualtero hacia en Bretaña las hazañas que acabamos de contar, el rey de Francia expidió un pasaporte al conde de Salisbury para que volviese á Inglaterra cuando quisiera.

Harto costara á Eduardo el haber llamado al conde, y sus celos no le permitieron concederle, ni aun el tiempo preciso para que se detuviese en el

castillo de Warck, mandándole que viniese enseñada á Londres, que recogiera á su esposa, pues, tenia una misión de las mas importantes que confiarle. El conde obedeció sin desconfianza, y recogió á su esposa, sin permanecer en Warck mas tiempo que el preciso para prepararse á la marcha. Alicia no habia juzgado á propósito el atormentarle con la confesion del amor del rey, que ella esperaba se extinguiera, y que, además, segura como estaba de sí misma, no le inquietaba mucho.

Eduardo volvió á ver á Alicia con una indiferencia tan marcada, que ella creyó habria ya sofocado su pasión ó que sus inesperanzas la habian destruido. Por otra parte, para mas seguridad, él le habia ofrecido un pabellon en el mismo palacio, entre los de la reina y sus damas de honor. En cuanto á la misión que el rey destinaba al conde, era la prueba mas sublime de la mas inequívoca confianza: infinitos prisioneros de consideracion habian llegado de Bretaña, y habian sido encerrados en el castillo de Margate. Eduardo nombró á Salisbury gobernador de la citada fortaleza, el cual partió, al momento, para su destino.

Durante este tiempo, debia verificarse la reedificación del castillo de Windsor, fundado en otro tiempo por el rey Arturo. Esta reedificación debia celebrarse, como hemos dicho, con fiestas y torneos; por consiguiente, se pasó una circular á Escocia, Francia, Alemania, Italia, España, en fin, á todas las naciones, para que todo caballero, amigo ó enemigo, pudiese venir á romper una lanza en honor de su dama en las fiestas de Windsor. Así es que de todas partes corrió la flor y la nata de la nobleza y los mas

bravos adalides. A proporcion que iban llegando, se iban escribiendo en el libro del torneo, ya con sus verdaderos nombres, ya con el seudónimo que querian adoptar. Además, el torneo debia durar tres dias, y tenia por sostenedores: el primer dia, al rey Eduardo; el segundo, á Gualtero de Mauny, que habia venido al efecto de Bretaña; y el tercero, á Guillermo de Montaigu, que ya, armado caballero por manos del rey, debia en este dia romper su primera lanza á la vista de la condesa. El combate era permitido con la lanza, la espada y el hacha; solo el puñal quedaba prohibido.

La víspera de San Jorge, dia señalado para la apertura de las fiestas, la ciudad de Londres se despertó en medio del ruido de las trompetas y clarines. Los caballeros que habian llegado de todas partes, debian dirigirse á la explanada de Windsor, donde el rey les habia mandado preparar las tiendas, porque era imposible alojar en el palacio á una multitud de tantos guerreros. De consiguiente, todas las calles que conducian desde la plaza de Santa Catalina hasta el castillo de Windsor, estaban colgadas y entapizadas. Además, no habia un árbol que no tuviese fruto viviente, una ventana que no ostentase una pirámide de cabezas, ni un terrado que no se viese lleno de espectadores, apiñados como espigas, y atronando con sus vivas y palmoteos á cualquier ruido que les figurase fuera la aproximacion del cortejo. A las doce resonaron las trompetas, y empezó á salir la comitiva del palacio: precedieron á esta sesenta corceles equipados para la justa y montados por los escuderos de honor, llevando las banderas con las armas de sus dueños. Tras los escuderos

iban el rey y la reina, de rigorosa etiqueta, con sus mantos y coronas, y entre ellos, en una hermosa litera, iba el príncipe de Gales, el futuro héroe de Crecy y de Poitiers, que iba á un torneo á hacer su aprendizaje de guerra. En seguida, iban en soberbias yeguas sesenta damas, revestidas con sus mas ricos adornos, llevando cada cual la banda de color que iba á conceder á su caballero. Despues, mezclados y sin orden, alta ó baja la visera, iban doscientos ó trescientos caballeros, cubiertos con brillantes armaduras y con bruñidos escudos. Por último, cerraba la marcha una banda de música militar y los pajes y escuderos de cada doncel.

Esta magnífica asamblea atravesó toda la ciudad al paso y en buen orden, para dirigirse al castillo de Windsor, situado, como hemos dicho, á veinte millas de la ciudad de Londres. A pesar de esta distancia, una parte de la poblacion los acompañó corriendo á los campos, mientras que el cortejo seguia su carrera. El rey habia previsto este caso, y al rededor de las tiendas habia mandado construir un tinglado como para diez mil personas; cada cual estaba seguro de encontrar su sitio segun, su clase, las damas en el castillo, los señores en las tiendas y el pueblo en el tinglado.

Llegaron á Windsor ya de noche, y el castillo estaba tan bien iluminado, que parecia un espejo de fuego: entre tienda y tienda habia una colosal y perfumada antorcha que alumbraba, como el día, aquel recinto, y entre el aromático olor que despedian, se descubria tambien el que partia de las cocinas del castillo, donde se preparaba una exquisita y abundante cena. Cada cual procedió á su instalacion;

despues á comer. Hasta las dos de la madrugada duró el tumulto y la algazara; á esta hora, el ruido se fué extinguiendo gradualmente, bajo las tiendas y en el tinglado, mientras que las ventanas del castillo se iban cerrando una tras otra, excepto una, en donde aun reverberaba la luz. Esta ventana era la de la cámara donde velaba Eduardo. Salisbury habia venido de Margate para ser mariscal del torneo con mesir Juan de Beaumont, siendo portador de excelentes noticias. Su negociacion con los prisioneros habia tenido un éxito feliz. Olivero de Clisson y el señor de Arcout no solo aceptaban la proposicion de Eduardo, de hacerse ingleses, sino que respondian, como de si mismos, de los principales señores de la Bretaña y de Berry, entre los que se contaban los caballeros Juan de Montalvan, Carlos de Malestroit, Eusebio de Laval, Alano de Quedillac, Guillermo, Justo y Olivero de Brioux, Dionisio de Plesis, Nepomuceno de Molart, Javier de Senedari y Damian de Caillac.

Estas nuevas regocijaron infinito á Eduardo, porque veia en la Bretaña la puerta por donde habia de entrar en Francia; así es que dió las mas expresivas gracias á Salisbury, y aun olvidó, en aquel momento, que era su rival. Por otra parte, despues de las justas, Salisbury debia volver á Margate, y no podria estar al lado de la condesa mucho tiempo.

Por último, aquella luz se apagó como las otras, y todo volvió al reposo y á la oscuridad. Al rayar el día, cada cual se aprestó y aparejó para el combate. A las once, las trompetas anunciaron la salida de la reina del castillo. Decimos la reina solamente, porque Eduardo era el sostenedor de este día, y ya se

hallaba en su tienda. Madama Felipa llevaba á su derecha á Gualtero de Mauny, y á su izquierda á Guillermo de Montaigu, que debían ser los héroes de los dos días siguientes. Despues venia la hermosa Alicia, conducida por el duque de Lancastre y por monseñor Juan de Hainaut, y tras ella las sesenta damas de la víspera, acompañadas de sus caballeros.

Toda esta noble sociedad sentóse en las galerías, que habian sido preparadas al efecto, las que parecieron trasformarse en un tapiz de terciopelo bordado de perlas y diamantes. En cuanto á Felipa y Alicia, se sentaron, la una frente á la otra, en dos tronos iguales, porque las dos eran reinas, la una de Inglaterra, la otra del torneo.

La liza era un gran círculo, rodeado de barreras y empalizadas: en el extremo oriental se enarbolaba una bandera de terciopelo encarnado, bordada de oro, al pié de la cual estaban la tarjeta de paz y el escudo de guerra, para que los campeones hiciesen tocar por sus escuderos una ú otra, segun desearan, ó una simple justa ó un duelo formal.

Los mariscales proclamaron las condiciones del combate, y en el momento que las dos reinas tomaron asiento, empezaron á tocar las bandas de música, con gran entusiasmo, no solamente de los caballeros, sino de las damas, las que tenían una predilección especial á esta clase de espectáculo, en el que los actores jugaban un papel no solamente peligroso, sino las mas veces mortal.

Abrense las barreras, y un caballero, armado de punta en blanco, apareció en la liza, pero aunque con la visera calada, en sus armas que eran de oro, y en su banda azul y plata, fué reconocido al instante

por el conde Derby, hijo del conde de Lancastre, el del pescuezo tuerto. Avanzó, haciendo caracolear su caballo, hasta el medio de la palestra; llegado allí, se volvió hácia la reina y la saludó, inclinando el hierro de su lanza hasta el suelo; despues, volvióse hácia la condesa de Salisbury, y le rindió el mismo saludo, en medio de las aclamaciones de la multitud. Durante este tiempo, su escudero atravesó la arena, y tocó con una vara de plata la tarjeta de paz de Eduardo.

El rey salió al punto todo armado, montado en su brioso corcel, y entró en la liza con tanta gracia y seguridad que se redoblaron las aclamaciones. Estaba cubierto de una armadura veneciana, toda incrustada de lentejuelas y filetes de oro, formando bizarros dibujos, en los que se reconocia el gusto oriental; y, sobre su escudo, en vez de sus armas reales, llevaba una estrella velada por una blanca nube con este mote:

« PRESENTE, PERO OCULTA. »

Entonces, le trajeron su lanza, y los jueces del campo, viendo que los campeones estaban listos, gritaron en alta voz:

— A la palestra.

Al mismo instante, los adversarios espolearon sus caballos y se precipitaron en medio de la liza. Todos dos habian dirigido las puntas de sus lanzas hácia la visera del casco, los dos evitaron el golpe, volvieron á sus puestos á esperar la segunda señal; dada esta, se abalanzaron de nuevo el uno contra el otro. Esta vez, dirigieron sus golpes al medio del pecho, pero eran muy buenos jinetes para ser desmontados; sin

embargo, uno de los piés del conde Derby perdió el estribo, y la lanza se le escapó de la mano: en cuanto á Eduardo, quedó firme sobre la silla, pero, de la violencia del golpe, su lanza se quebró en tres pedazos. Un escudero del conde Derby cogió la lanza y se la presentó, mientras que á Eduardo le traían una nueva; armados otra vez, se acometieron de nuevo; pero ahora el conde Derby dirigió su lanza al costado izquierdo de Eduardo, mientras que, este volviendo á su primer intento, dirigió la suya al casco del conde; los dos, en esta circunstancia, dieron una nueva prueba de su destreza y de su fuerza, porque de la violencia del golpe el caballo de Eduardo cayó sobre sus patas traseras, mientras que el casco del conde saltó á gran distancia.

Fuera cansancio, fuera cortesía, el conde no quiso proseguir la lucha, é inclinándose hasta el rey, se reconoció vencido y se retiró, en medio de los aplausos que prodigaban á su vencedor. Eduardo volvió á su tienda, y las trompetas tocaron de nuevo la señal de desafío. Abrense las barreras, y el conde Guillermo de Hainaut, cuñado del rey, aparece en la palestra.

Esta lucha fué, como la anterior, una lucha de honor y cortesanía, mas bien que una verdadera justa; así es que el conde Guillermo, cuando rompió tres lanzas, se retiró diciendo, como el conde Derby, que se consideraba vencido, mientras que Eduardo, descontento de estas victorias fáciles, se retiraba á su tienda, sintiendo el no haberse mezclado en la pelea como un simple caballero, ó bajo cualquier seudónimo y como uno de los principales sostenedores.

Apenas entró en ella, cuando la música volvió á

tocar de nuevo; pasáronse algunos momentos en silencio, y ya se creía no se presentarían mas contendientes, cuando se oye resonar una sola trompeta con aire francés, lo que indicaba que un caballero de esta nación se presentaba para combatir. Todas las miradas se fijaron entonces en las barreras, que se abrieron y dieron paso á un caballero de mediana estatura; pero conociéndose en la manera como llevaba su lanza, que era mas vigoroso que hábil.

Todos miraron á su escudo por ver si ofrecía alguna divisa por la cual pudiesen reconocerlo; pero su escudo no ofrecía mas que un águila coronada con una flor de lis; empero, á pesar de su incógnito, Salisbury lo reconoció por el jóven caballero que, al siguiente día del encuentro de Buironfossé, habia atravesado, por orden del rey Felipe, la marisma que separaba las dos armadas, y habia ido solo á explorar el bosque, en cuya cima clavó su lanza y su casco. Despues de esta hazaña, recordarán nuestros lectores que Felipe lo habia armado caballero, en premio de su arrojo y valentía.

El jóven doncel se presentó en la liza con aquella elegancia que ya era peculiar á la nobleza de aquellos tiempos. Saludó del modo mas fino á la reina y á la condesa, y mandó á su escudero tocarse el escudo de guerra de Eduardo.

Por su parte, el rey salió de su tienda, montó en un brioso alazan, repuso sus armas y se colocó en su puesto.

La atención de los espectadores era grande, porque aunque mesir Eustaquio de Bibeumont habia hecho su desafío con la mayor finura, era evidente que esta vez se trataba de una verdadera justa, y

aunque no fuese animada por ningun odio personal, la rivalidad de las dos naciones debía darle un carácter de gravedad y de verdadero duelo.

Listos y preparados esperaron la señal, y en el momento que resonó esta, se acometieron con la mayor violencia.

El caballero habia dirigido su lanza hácia la visera, y el rey la suya contra la coraza, y los dos habianse dado tan certero golpe, que el casco de Eduardo saltó de su cabeza, y la lanza del rey se partió, quedando el hierro enterrado en la armadura del francés. Por un instante se creyó que el caballero Eustaquio estaba herido, pero el hierro, al penetrar por la armadura se habia detenido en la cota que rodeaba su jubon. El rey volvió á coger otra lanza y otro casco. Acométense de nuevo; uno y otro dirigen sus lanzas á sus monturas, el caballo de M. Eustaquio retrocede y cae sobre sus patas traseras por la violencia del golpe, mientras que el de Eduardo, herido de muerte en el pecho, cae en la arena con su jinete. El francés esperó, á que se levantara Eduardo, y en el momento echan mano á sus espadas.

El rey tenia ante sí un valiente guerrero; pero como él, segun dice la historia, era uno de los caballeros mas valientes de su época, no se maravilló, ni de la violencia, ni de la rapidez del ataque, volviendo golpe por golpe con la mayor serenidad y con la mayor sangre fria.

Las dos espadas, en las que reflejaba el sol, parecian dos hojas de fuego; y los golpes se daban y recibian con tal rapidez, que no se veia mas que un círculo de llamas que rodeaba á las dos armaduras.

Eustaquio perdió su penacho de plumas y Eduardo su corona de diamantes, y poco despues la espada de Eduardo dividió en dos pedazos el escudo de su adversario, como si fuera de cuero, mientras que la espada del francés saltaba en cuatro pedazos sobre el casco del rey.

El doncel dió un paso atrás para pedir otra á su escudero; pero Eduardo levantó vivamente su celada, y cogiendo su espada por la punta, se la presentó á M. Eustaquio, diciéndole:

— Caballero, tengo el honor de presentaros mi espada, que es de un temple maravilloso, pues, me es muy enojoso que un brazo tan hábil y vigoroso no tenga un arma de buen temple con que poder contar. Tomad, caballero, y volveremos á empezar el combate con mas igualdad.

— Acepto, monseñor, respondió Eustaquio de Beaumont, levantando á su vez la visera de su casco; pero no permita Dios que cruce yo esta espada contra aquel que me la ha dado; yo me reconozco vencido, señor, tanto por vuestro valor, como por vuestra galantería, y esta espada me es tan preciosa, que juro sobre ella y por ella de jamás, en torneo, ni en batalla, rendirla á otro que á vos. Ahora, por último favor, señor, conducid vuestro prisionero cerca de la reima.

Eduardo tendió la mano al jóven caballero, en medio de las aclamaciones de los espectadores, y se dirigió con él hácia el trono de madama Felipa, que, habiéndose quitado una magnífica cadena de oro de su cuello, la amarró al puño derecho del vencido en señal de servidumbre, y declaró que, durante tres dias, no queria tener otro esclavo; en consecuencia,

le hizo sentar á sus piés, teniendo en su mano el otro extremo de la cadena. En cuanto á Eduardo, entró en su tienda, y las músicas volvieron á tocar la marcha de desafío; pero, fuera respeto, fuera temor, nadie contestó á aquel eco guerrero. Entonces los heraldos recorrieron la liza gritando.

— Largueza, señores, largueza.

Y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

Además, como la mañana estaba avanzada y la hora de comer se aproximaba, los mariscales enarbolaron una bandera blanca, para indicar que la primera justa estaba concluida: al mismo tiempo, los músicos tocaron la marcha de retirada, y todos se dirigieron al castillo.

Eduardo presidió la mesa de los caballeros ingleses y extranjeros, y la reina la de las damas; despues, damas y caballeros pasaron á un vasto y elegante salon, donde debia tener lugar el baile.

El rey lo abrió con la condesa de Salisbury, y la reina con M. Eustaquio de Ribeaumont. Eduardo estaba en el colmo de la alegría; aquella mañana se habia portado, como rey y como caballero, á la vista de la que amaba. Alicia, por su parte, inocente y confiada, se entregaba al coreográfico placer con todo el abandono de la juventud y de la felicidad. Eduardo se aprovechaba de su candidez y estrechaba aquella mano que le tendian, y los cabellos flotantes que le acariciaban el rostro; enervado por ese perfume acre y voluptuoso que fluctúa entre las bellas, en la cálida atmósfera de un baile.

En medio del laberinto de las figuras, una jarriera de la condesa, que era de raso azul bordado de

plata, cayó sin que ella lo advirtiese. Eduardo se abalanzó á cogerla; empero, todos los cortesanos comprendieron cuál era la intencion del rey, y se sonrieron de la accion. Eduardo conoció que sospechaban de sus intentos, y cogiendo la liga, se amarró con ella la pierna derecha y exclamó:

— Mengua y afrenta al que mal haya pensado; y sea reconocido como noble y querido del rey el que pueda ostentar otra igual, y á quien nos solo queramos conceder.

Por este raro accidente tuvo origen la muy noble y caballeresca orden de la *Jarrettière*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, á la misma hora que la víspera, las galerías estaban coronadas de gentes; la liza presta y los mariscales en su puesto. El sostenedor de este día era, como ya hemos dicho, Gualtero de Mauny, y el valor harto público del jóven caballero ofrecia á los espectadores nuevas proezas y nuevas maravillas de armas.

Doscientos eran los suscritos para combatir con él; empero, como esto era imposible, los mariscales les sortearon y sacaron los nombres de los caballeros Juan Merfort, Justo de Arondel, Rogerio de Marck, Pedro Suffolk, John de Liste, Walter Pavely, Ricardo Fitz, Simon Hallaut, Grey de Codonore y un caballero desconocido, que se habia inscrito bajo el nombre del *jóven aventurero*.

El rey aprobó la disposicion de los mariscales, y declaró que eran suficientes diez guerreros para uno solo.

De diez, los nueve de sus primeros adversarios, no solamente fueron vencidos con el hacha y con la espada, sino que, á los botes de su lanza, rodaron por la arena, excepto el conde de Suffolk, que pudo mantener una lucha igual.

Llególe su vez al caballero desconocido, y cuando sus predecesores habian tocado la tarjeta de paz de Gualtero de Mauny, mandó tocar á su escudero el escudo de guerra.

Gualtero de Mauny apareció en la palestra; dada la señal, se acometieron una y otra vez, partiendo por cinco veces sus lanzas y sus cascos; la sexta echaron mano á sus espadas, pero tambien estas se partieron cual si hubiesen sido de cristal, y echaron mano á sus hachas. Entonces empezó el verdadero combate; á los furibundos golpes saltaban los corchetes de las armaduras, poniendo á sus dueños en descubierto. Siete veces paró Gualtero los golpes con su escudo, y otras tantas saltó este hecho pedazos; pero de pronto, aprovechándose de un golpe que habia equivocado su contrario, descargóle un golpe tan furibundo sobre su casco, que el caballero desconocido extendió los brazos, dió un grito y cayó sin sentido, en la arena.

Los mariscales corrieron á él y le quitaron el casco: estaba desmayado, y la sangre corria á borbotones de la profunda herida que habia recibido en la cabeza.

Todas las miradas se dirigieron con avidez á él.

Era un jóven de veinte y cinco años, de luenga y negra cabellera, y cuyas pronunciadas facciones indicaban un origen meridional. Mas nadie lo conocia, y el mismo Gualtero buscó, en vano, en sus pálidas



facciones alguna huella, alguna señal que le indicase el haberlo visto otra vez; pero fué en vano, pues, convenci6se que era la primera vez que veia á aquel jóven. Por otra parte, la justa estaba concluida.

El rey y la reina se volvieron al castillo de Windsor, pues, lo mismo que el dia anterior, debia haber un opíparo convite y un baile suntuoso.

Al fin de la comida vinieron á avisar á Gualtero de Mauny, que el caballero aventurero lo llamaba; pues, tenia que hacerle una revelacion antes de morir. Gualtero sali6 al momento, y se dirigi6 á la tienda del moribundo. Lo encontró acostado sobre una piel de oso, y el rostro, de tal manera pálido, que solo sus ojos parecian vivir, animados como estaban por una fiebre mortal.

Al ruido que hizo Gualtero al entrar, el moribundo volvió la cabeza, y reconociendo á su vencedor, orden6 á sus gentes que saliesen, y rog6, con un movimiento de cabeza á Gualtero de Mauny que se sentara á su lado.

El caballero se apresur6 á satisfacer este deseo.

El herido le di6 gracias con un movimiento leve de cabeza; despues, fatigado del esfuerzo que habia hecho, se dejó caer dando un gemido, que, á pesar de todo su valor, no pudo reprimir.

Gualtero se crey6 que iba á espirar; mas se engañaba, la hora aun no habia llegado, y al cabo de algunos momentos el herido pareció reanimarse.

— Caballero Gualtero, dijo entonces, con debil acento, creo que... vos teneis hecho un voto.

— Sí, contest6 Gualtero; he jurado vengar á mi padre asesinado en la Guyena, y encontrar á su

asesino y á su tumba, á fin de matar al uno sobre la otra.

— ¿Ignorais... en qué ciudad... fué asesinado?

— Lo ignoro.

— ¿Y... no sabeis dónde está... su tumba?

— No he podido descubrirla.

— Pues bien, caballero, yo tambien tengo una madre que ignora en qué ciudad he sido herido de muerte y en qué sitio se elevará mi sepulcro; una madre que desearia encontrarlo para derramar lágrimas de ternura sobre él, como vos quereis derramar sobre el de vuestro padre la sangre de su asesino. Caballero, prometedme una cosa.

— ¿Cuál? pregunt6 Gualtero con ansiedad.

— Juradme que cuando muera encerraréis mi cadáver en una caja de plomo y lo enviaréis al lugar que os diga, para que repose sobre una tierra amiga y en medio de seres amados: en cambio, os diré cómo murió vuestro padre, y en qué lugar espera la resurreccion general.

— Os lo juro, hablad.

— ¿Habeis oido hablar de un famoso torneo que tuvo lugar en Cambray el año de 1322?

— Sí, porque mi padre concurrió á él; y adquirió inmarchitable lauro.

— Pues bien, allí se bati6 con uno á quien no solamente derrot6 infinitas veces, sino que le puso en disposicion de no poder volver á su tierra sino en litera. Este tal tenia por padre á Juan de Levis y por madre á Constanca de Foix, hija de Rogerio Bernard, conde de Foix. A pesar de todos los esfuerzos de los médicos, no pudieron salvarle y murió. Es inexplicable el dolor de sus padres, que no tenian

mas que otro hijo, en la cuna, á la pérdida de su primogénito. Leborardo de Mauny, vuestro padre, habia hecho un voto de ir en peregrinacion á Santiago de Galicia; púsose en camino y cumplió su promesa, y, á su vuelta, habiendo sabido que monseñor Carlos de Valois, hermano del rey Felipe, estaba en Reole, tomó el camino de esta ciudad para ir á saludar á su augusto aliado. Vuestro padre permaneció algun tiempo allí, y su permanencia llegó bien pronto á los oídos de aquella familia, que habia llenado de luto y consternacion. Esto era tentar á Dios, caballero, bien comprenderéis que es harto justa la venganza de un padre : así resultó de esta imprudencia lo que debia resultar. Una noche que mesir Leborardo de Mauny venia de un cuarto lejano de la ciudad, y se encaminaba al palacio del conde de Valois, fué esperado por dos hombres, de los cuales el uno era el amo y el otro el escudero; el amo echó mano á la espada, y gritó á vuestro padre que se defendiera. Vuestro padre se defendió, y lo hizo tan bien, que comenzó á oprimir á su adversario, lo cual visto por el escudero, corrió á vuestro padre y lo atravesó con su espada.

— ¡Asesinos! murmuró Gualtero.

— No me interrumpais, si quereis saberlo todo, porque conozco que me restan pocos instantes de vida.

— Ante todo, ¿dejaron su cadáver sin sepultura?

— No, tranquilizaos, continuó el moribundo; el cuerpo de vuestro padre obtuvo las preces de la Iglesia y fué depositado en una tumba; porque, el que lo desafiaba, queria un duelo y no un asesinato. Además, creyó que seria una expiacion el sepultar el

cadáver de vuestro padre en un sitio sagrado, y hacer grabar en el mármol de su tumba una cruz, con esta sola palabra en latin :

## ORATE

A fin de que aquellos que se arrodillasen ante ella, rogasen á un mismo tiempo por la víctima y por el asesino.

— ¿Y dónde encontraré yo ese sepulcro?

— Entonces estaba fuera de la ciudad, contestó el herido, pero la ciudad se ha agrandado, y hoy dia se halla dentro de sus murallas : lo encontraréis, caballero, en el jardin del convento de los frailes Franciscos, situado al fin de la calle de Foix.

— ¡Bien! ¡bien! dijo Gualtero, viendo que el jóven se debilitaba de mas en mas; ahora, decidme lo último, os lo ruego. ¿Ese Juan de Levis, que ha asesinado á mi padre, vive?

— Ha muerto hace diez años.

— Pero, me habeis dicho que tenia un hijo. Un hijo que hoy dia se hallará en estado de llevar las armas... pues bien, ¿ese hijo dónde está?

— Lo habeis herido de muerte hoy, caballero, contestó el moribundo con apagado acento : así vuestro voto de venganza se ha cumplido... no penseis ya mas que en la misericordia... y no olvidéis... el juramento que me habeis hecho... de llevar mi cadáver... á mi madre.

Y el jóven volvió á caer sobre su lecho de guerra, murmuró un nombre de mujer, y espiró.

La misma tarde, Gualtero de Mauny le suplicó al rey de Inglaterra le permitiese acompañar al conde

Derby que debia, tan luego como se terminasen las justas, partir con un numeroso ejército á socorrer á los Ingleses de la Gascuña; mientras que sir Tomás de Agworth iba á Bretaña para proseguir á mano armada los negocios de la condesa de Montfort, que debian haberse mejorado mucho por el tratado que acababa de celebrarse entre el conde de Salisbury, mesir Olivero de Clisson y monseñor Godofredo de Harcourt.

## XXXVI

## LOS DOS GUILLERMOS

El tercer dia del torneo se hallaba reservado, como hemos dicho, á Guillermo de Montaigu; el cual, armado caballero por mano del rey Eduardo, segun la promesa que este le habia hecho en el castillo de Warek, debia hacer sus primeros hechos de guerra en presencia de la condesa: este era un gran dia para el jóven doncel, porque estaba decidido á vencer ó á morir, y en uno ú otro caso debia ser coronado por ella, ó espirar á sus ojos, lo que era para él una dicha.

Además, para darle mas honor á su ahijado, el mismo Eduardo habia querido romper con él la primera lanza: despues, la reina habia dado libertad para este dia á M. Eustaquio de Ribeaumont, á fin de que la segunda justa fuese para él. Por último, la tercera debia ser sostenida por Guillermo Douglas, que habia venido de Sterling al efecto.